

TERCERA PARTE

I

LOS MENESTRALES DE PARÍS

Reinaba en París una de esas conmociones latentes que dejan vacías las calles para concentrar á todas las gentes curiosas en algunos centros que las circunstancias suelen elegir. Formábanse grupos numerosos en la ribera derecha del Sena, en las inmediaciones de los jardines de San Pablo; y mientras que no circulaba un ser viviente en el barrio de las Escuelas y en la Cité, veíanse, por el contrario, atestadas de políticos y habladores las cercanías de la plaza del Mercado.

Decíase que el rey Carlos VIII había regresado enfermo á su palacio del Parlamento; decíase que la señora regente, Ana de Francia, estaba también en el lecho, en su palacio de San Pablo, más enferma aún que su hermanito; decíase, en fin, que montaban la guarnición de la Bastilla en San Antonio numerosos soldados recién venidos, ostentando los colores de Orleans, que desde hacía muchos años nadie había visto en París.

Y aquella frase que Tarchino refirió el día antes al señor de Graville, corría ya de grupo en grupo, como si París hubiera tenido ya periódicos de la

tarde, para comunicar las noticias más frescas. El rey había dicho *yo lo quiero*, y desde aquel instante dejaba ya de ser el niño endeble y apocado que por espacio de tanto tiempo había temblado ante su hermana la regente.

En los Chatelets, en el Louvre y en las varias puertas del recinto fortificado daban el servicio hombres de armas pertenecientes á la princesa Ana. Especialmente la torre del Louvre tenía guardia compuesta de soldados de la Marche.

Pero cuando ha de estallar un movimiento en París, las fortalezas sirven de poco para impedirlo. Los ciudadanos no estaban contentos, y entre el pueblo veíanse muchos de aquellos semblantes precursoros de todas las bullangas.

Aquella mañana dejaron de abrirse muchas tiendas en las calles más industriales, y no eran pocas las puertas de casas nobles y plebeyas que fueron atrancadas con la mayor cautela y precaución. La ronda, armada de artesanas, ocupaba la plazuela del Chatelet, y los que venían de la parte alta de la ciudad aseguraban que se habían tendido ya las cadenas desde la calle de Aubri le Boncheur hasta la de Mauconseil, casi tocando á la puerta de San Dionisio.

El silencio que reinaba en los cuarteles bajos de la ciudad tenía algo de amenazador y de siniestro. Todo el mundo escuchaba con atención, como si á cada instante hubiera de conmover los aires un clamor de guerra; y cada vez que desde lo alto de los campanarios caía el son lento y acompasado de las campanas que marcaban las horas, notábase en el público una verdadera conmoción cual si hubiera sido aquel toque la primera señal del motín.

Una masa popular numerosísima afluía á la plaza del Mercado, donde las verduleras y revendedoras, cuyo gremio se organizó y constituyó en aquel

tiempo, daban ya grandes voces y hacían no pocos comentarios acerca del estado alarmante de la ciudad.

Maese Ricardo, aquel guantero de la Marche de que hablamos otra vez, hallábase, como era de rigor, departiendo con su compadre el antiguo pañero de la casa de Armagnac, maese Antonio, y los demás negociantes que vimos reunidos en el mesón de la Urraca y cuya conversación fué tan brutalmente interrumpida por los mercenarios de Olivier de Graville.

—Compadres—decía maese Ricardo con aire abatido,—no lo digo porque sea yo el proveedor de mosén Olivier, pero tengo para mí que todo ese tumulto no presagia nada bueno.

—¡Ja, ja!—hacia maese Antonio restregándose las manos de alegría;—nada me importa perder veinte ó treinta escudos con tal de que vuelva á oír resonar en la plaza de las Halles nuestro antiguo grito de ¡Armagnac, Armagnac!

Maese Ricardo callóse con socarronería, tanto porque los vientos políticos empezaban á variar, como también porque Olivier de Graville, desterrado ó decapitado, dejaría de ser ya un buen consumidor de guantes. El guantero comprendía bien que no hay que obstinarse en ser leal y adicto más allá de donde la prudencia y el negocio consienten. Un hombre á quien se haya cortado el pescuezo no vuelve á ponerse guantes.

Y sin embargo, los guantes forman la parte más esencial de la política, cuando es un guantero el que discurre.

—Dios mío—murmuró maese Ricardo, medio embozado en su capa;—todos los hombres tienen cosas buenas y recomendables, á excepción de los paganos ó herejes; y los de Armagnac eran hijos de la Iglesia de Jesucristo. Por lo que á mí hace, estad

seguros de que serviría al duque de Orleans con la misma fidelidad y conciencia que he servido á Olivier de Graville.

Esta conclusión enterneció á todos los compadres del buen guantero, quien había sabido explicar con elocuencia y exactitud la fe política de aquel concurso de pañeros, zapateros, sastres, cuchilleros, drogueros, calceteros, etc., etc.

—En resumen—dijo maese Antonio:—¿sábese, al menos, qué es lo que sucedió en esa renombrada fiesta de la Marche? ¿Vos asistiríais á ella, maese Ricardo?

—Sí—respondió el guantero,—halléme en ella; y os aseguro que aun cuando llegue á vivir cien años, no volveré á presenciar espectáculo semejante. Brillaban allí guantes por valor de más de seiscientos escudos, sólo de los expendidos por mi cuenta. ¡Y Dios sabe quién me lo pagará si llega á caer en desgracia mosén Olivier!

—¿La señora regente no estuvo en el palacio de Graville?—preguntó uno de los menestrales.

—Yo no levanté la máscara á todas aquellas nobles señoras—respondió Ricardo.—Lo único que puedo deciros, es que la fiesta debía prolongarse tres días, y, sin embargo, los jardines del rey Salomón quedaron desiertos á las cinco ó seis horas... Estaba yo bebiendo un trago con mi sobrino Gilito cuando se oyó un gran altercado hacia las cercanías del palacio de Salomón... Había tres veces más luz que en medio del día.—Padrino, me dijo Gil, pues soy su padrino también, ¡mirad, mirad! los caballeros negros se han metido en la refriega.

Yo no me había fijado siquiera en estos personajes: veíanse allí tantas cosas sorprendentes, que no valía la pena de mirar á doce estafermos vestidos como los llorones de nuestros cementerios.

Pero muy pronto fué preciso cambiar de opinión

y mirar con preferencia á aquel grupo enlutado; pues acababan de burlarse del rey Salomón, es decir, del señor de Graville, y de apoderarse, en las barbas de todos, de su dama la reina de Sabá, ó lo que es lo mismo, de madama Blanca.

Creo ocioso deciros que en el acto lucieron al aire más de doscientas espadas, y que después de la batalla corrian regueros de sangre por el sitio de la pendencia. Lo que deseáis saber ahora, compadres, es el nombre de los caballeros negros, ¿no es verdad?

Un general murmullo de afirmación, salió de los labios de todos los oyentes.

—Pues bien—repuso maese Ricardo,—veíase entre los caballeros negros á un niño; y como uno de los gentileshombres de Graville, llamado Thibaut de Ferrières, que murió por cierto llevando en las manos un par de guantes míos, hubiera conseguido cercar y cortar la retirada al niño, oyéronse gritos de ¡*Salvad al rey!*

—¡El rey!—repitieron los menestrales.

—Los caballeros negros arrojáronse entonces como leones; recuerdo haber visto al duque de Orleans en los funerales del difunto rey Luis XI, y quizá me equivoque, pero aseguraría que era él quien acaudillaba á los caballeros negros.

—¡Buena Pascua!—exclamó á media voz maese Antonio;—¡á cada cuál le llega su vez!

—Pero el duque de Orleans—volvió á añadir maese Ricardo,—suponiendo que fuera él, no habría salido adelante en su empeño sin el arrojo desplegado por un pajecito bello y valeroso como el arcángel San Miguel. ¡Cáspita! pareció que su espada era de fuego cuando atravesó la garganta de aquel Thibaut de Ferrières, que por cierto murió sin haberme pagado los guantes...

—Pero ¿quién era el que quería matar al rey?—preguntaron muchas voces á un tiempo.

Maese Ricardo meneó la cabeza con aire misterioso. Eso no obstante, no sabía del caso mucho más que los otros.

—No quisiera comprometerme—dijo en fin en voz baja,—lanzando una acusación contra personajes poderosos. Por otra parte, como mi sobrino y yo somos partidarios de irnos á dormir, cuando hemos cenado á nuestro gusto, nos retiramos á toda prisa á nuestras casas, siendo necesario todo el maldito jaleo que se ha armado esta mañana en la calle de la Cacharrería pare hacerme saltar de la cama. Suceda lo que quiera, Francia saldrá siempre de sus apuros; esto es positivo. Lo único que pido á Dios es que se apiade del comercio de París y no lo someta á un castigo muy duro.

Ni uno solo de los compadres de maese Ricardo dejó de asociarse á esta última deprecación llena de patriotismo y desinterés.

Oyóse en este momento un gran alboroto hacia la plaza de Chatelet: el caballero Martin Guillard, señor de Creil, desembocaba á la cabeza de los arqueros de la princesa Ana; los grupos que ocupaban aquel punto recibieron á los soldados á los gritos de viva la regente. Por la parte de la iglesia de San Eustaquio avanzaba otro pelotón armado, á cuya cabeza veíase cabalgar al caballero Arturo de Vilainas, escudero del duque de Orleans.

La muchedumbre gritaba por este lado: ¡Viva el duque Luis!

Esta agitación coincidió con el tañido de las campanas de algunas iglesias. El tumulto hizose imponente. Nuestros buenos menestrales, que se habían agrupado en una acera de la plaza de las Halles, miraron con indecisión á derecha é izquierda; luego maese Ricardo, el más elocuente de todos ellos, volvió á tomar la palabra, y dijo con gran circunspección y levantando el cuello de su capa:

—Compadres, ya veo lo que es esto, el caso se complica; y en circunstancias como las presentes, las personas sensatas y pacíficas no deben tener opinión alguna. Creedme, volvamos á casa y cerremos nuestras tiendas. Mañana, cuando todo esté concluido, será ocasión de manifestar si somos partidarios de la señora regente ó del señor duque.

Aceptados tan prudentes consejos, retiráronse todos, y se fueron pegados á las puertas barriendo con sus codos las paredes de todas las casas que encontraron, antes de llegar á las suyas respectivas. Los que les veían pasar reíanse de ellos en alta voz y sus oídos viéronse saludados por más de una silba, dedicada en su honor á lo largo del Mercado.

Pero muchos de los que figaban y se divertían á expensas de los negociantes, no debían ver la procesión del otro domingo; mientras que maese Ricardo, maese Antonio, maese Claudio, maese Arnaldo, maese Dionisio, maese Esteban y los demás vieron aquella procesión y muchas otras.

II

HUÉSPEDES MISTERIOSOS

Pasaba, en verdad, algo extraordinario en el mesón de la Urraca, dirigido, como saben ya nuestros lectores, por la tía Amapola, que era la posadera más alegre de todos aquellos barrios. Habíanse abierto las puertas á la hora de costumbre para dar entrada á todos los parroquianos asiduos, que solían anticiparse á la salida del sol. Durante todo el día las mesas estuvieron bien provistas, merced á aquella novedad que obligaba á las tres cuartas partes de la población de París á lanzarse á recorrer las calles en busca de noticias.

Pero todos los concurrentes estuvieron unánimes

en decir que el mesón de la Urraca desmentía en aquella ocasión su antigua y acreditada nombradía. El servicio dejaba no poco que desear; la tía Amapola, tan activa de ordinario, apenas se dejaba ver de sus favorecedores, á pesar de que el reloj de San Eustaquio había dado acompasadamente las doce del día; y la graciosa Mireta, cuya cándida y festiva sonrisa solía llenar de encanto la dudosa claridad y la atmósfera llena de humo del figón, permanecía tan invisible como su madre.

Por faltar habíase eclipsado aquel día hasta el mismo Simón, que no dejó de ser echado de menos por los parroquianos de la taberna. Simón venía á ser como el bufón del establecimiento. Después de despachar la pitanza ó un buen trago, era costumbre burlarse un poco del pobre mancebo por vía de solaz y diversión.

¿En dónde estaba, pues, la respetable tía Amapola, la graciosa Mireta y el simple de Simón?

Este último paseábase de arriba abajo por un estrecho corredor oscuro, donde la Amapola le había mandado hacer guardia: al extremo del corredor abríase la puerta de las propias habitaciones de la hostelera, quien estaba dedicada al servicio exclusivo de huéspedes de gran importancia, puesto que merecían hasta los honores de tener centinela á la puerta. Efectivamente, Simón andaba provisto de todas las armas ofensivas y defensivas, pues llevaba al cinto una larguísima espada y apoyaba en el hombro un viejo arcabuz. Habíasele dado la consigna de que se dejara hacer pedazos antes de consentir que penetrara en el aposento de la Amapola una sola persona.

Simón arqueábase un poco bajo el peso de su macizo y sólido arcabuz; la espada se enredaba entre sus piernas y chocaba ruidosamente contra las paredes del corredor. El pobre daba al diablo, de todo

su corazón, á la desconocida que estaba encargado de defender y custodiar.

A un extremo del corredor una pequeña puerta daba entrada á la cocina, donde la tía Amapola y Mireta estaban preparando un verdadero festín. La mesonera estaba muy conmovida; y por un acto de extraordinaria excepción empuñaba ella misma el mango de una gran sartén, lo cual era un honor no pequeño, con que distinguía á los misteriosos huéspedes. Las sopas, los fritos, los asados, las salsas, marchaban á compás, formando un excelente conjunto; las narices de Simón dilatábanse voluptuosamente cada vez que invadía el corredor una bocanada de humo refrigerante y oloroso de la cocina.

—En cuanto á esto—pensaba el mozo,—es de creer que en definitiva podré probar algo de lo que sobre... pero, ¿por qué la tía Amapola en persona empuña el mango de la sartén? ¡Esto es lo que yo quisiera saber!

Mireta seguía á su madre y la ayudaba á más y mejor; pero Dios sabe que el pensamiento de la niña estaba sujeto á no pocas distracciones. La tía Amapola había ya refunfuñado dos ó tres veces porque su hija había cometido desaciertos capaces de comprometer gravemente el resultado de su tarea.

—¡Santo Dios!—exclamaba la buena mujer, mientras iba inspeccionando sus hornillos,—¡pobre muchacha, si supiera lo que es un marido!

—¡El marido de una mujer como yo—repuso, siguiendo el hilo tortuoso y desligado de una de esas transiciones que en el otro sexo no se explicarían;—el marido de la Amapola, maese Amapola, disfrazarse de bestia fiera, como un histrión, para tener el gusto de berrear en casa de Graville! Yo te lo digo, Mireta: hay muchas mujeres que obrarían cuerdamente arrojándose al agua antes que ligarse

á un hombre... Si me hallara en el caso de tener que decidirme ahora, te aseguro que me quedaría soltera.

Mireta escuchaba á su madre sin expresar su opinión acerca de este punto; pero Simón, que observaba, notó que la niña miraba con mucha frecuencia á la calle desde la ventana abierta. Cuando la tía Amapola levantó una cazuela, llenóse toda la cocina de una espesa nube de humo; y Simón, que sabía poetizar las cosas á su modo, creyó que, á través de aquel vapor succulento, Mireta aparecía rodeada de nuevos encantos y atractivos. Y levantando al cielo los ojos, decía para sí: ¡Santo Dios! ¡quién pudiera saborear esos sabrosos bocados en compañía de ella!

—Pero en verdad—añadió con recelo,—no he visto nunca que hubiera debajo de esa ventana cosa alguna digna de excitar la curiosidad. ¿Qué es lo que debe estar mirando ella con tanta atención?

Porque, efectivamente, Mireta no apartaba los ojos de la abertura del fondo de la cocina. Dicha abertura daba precisamente á aquellos terrenos cuajados de escombros y basura que se interponían entre el mesón de la Urraca y la plaza del Mercado.

El otro lobo-fantasma había entrado por el lado opuesto, es decir, por las tapias del pudridero de los Inocentes; pero como la gran sala común de la posada era exactamente dos veces mas ancha que la cocina, de aquí que fueran los aposentos de la tía Amapola los que miraban en el primer piso á la parte del cementerio.

Simón no se había olvidado aún de los dos lobo-fantasmas. Recordaba también que, á la madrugada, la misma tía Amapola había bajado á abrir la puerta á tres desconocidos personajes; y el mancebo oyó muy bien cómo la hostelera los acompañaba é introducía en sus propias habitaciones. Movido

por la curiosidad, el mozo pudo ver, por último, asomando sus ojos desde la puerta de su camaranchón, la fisonomía de los tres recién llegados.

El primero que divisó fué aquel clérigo singular de largos y lacios cabellos, escuálido, comprimido bajo una raída sotana; el mismo, en una palabra, que á mitad de la noche precedente fué introducido en el mesón por el señor de Soles, junto con una labradora cubierta por una holgada capucha.

En cuanto á la mujer, Simón no pudo convencerse de que fuera la misma que la que ahora se presentaba en la Urraca llevando con majestuosa altivez un vestido de reina oriental.

Y, sin embargo, era preciso dar crédito á la evidencia, pues no cabía duda de que la labradora y la princesa eran una misma mujer.

Por lo que respecta al tercer personaje, Simón se puso á temblar como un azogado tan luego como le divisó, porque hubo de reconocer en él á uno de los fantasmas, al más rubio y hermoso de los dos lobos hechiceros de los cementerios. Verdad es que estaba casi tan transformado como la labradora convertida en reina, pues llevaba un traje partido de azul y púrpura, muy brillante, vistoso y lleno de lentejuelas de oro y plata.

Pero como estaba visto que aquella era la noche de los encantos, Simón se acurrucó entre las sábanas en la seguridad de que la luz del sol desvanecería todas aquellas ilusiones engañosas.

Y la luz del sol no se hizo esperar, despertándose luego Simón, definitivamente, gracias al cuidado que empleó la tía Amapola en sacudirle cuatro ó cinco buenos golpes, propinados con el palo de una escoba. Así que el pobre muchacho salió de su pocilga, un perfume de misterio llenaba el ambiente de la posada; Mireta estaba pálida y veíanse cerca de sus ojos las huellas de algunas lágrimas; la

tía Amapola, por el contrario, estaba más colorada que de costumbre y dibujábase en ella cierto ademán de satisfacción que presagiaba grandes acontecimientos.

Simón quiso dirigirse á la sala común para dedicarse en ella á sus cotidianas tareas, pero no pudo verificarlo por encontrar la puerta cerrada con toda precaución.

En toda la parte de la casa que comprendía la cocina y las habitaciones particulares de la familia, no se veía un criado ni una sirvienta; pues la tía Amapola había dispuesto que todas se dedicaran á servir á los parroquianos en la forma establecida, con encargo especial de que no fueran á distraerla ni molestarla sino por motivos muy poderosos.

Además de la gran puerta principal, la Urraca tenía otra excusada ó secreta por la cual podía salirse fuera del mesón; y para custodiar este paso, el pobre Simón recibió la orden de tomar un arcabuz casi inservible, y un pesado chafarote, que era incapaz de desenvainar el inofensivo mozo.

Pero la tía Amapola lo había dispuesto así, y mientras vigilaba atentamente sus hornillos y sus viandas, echaba á menudo miradas de complacencia sobre aquel hombre de armas tan mal improvisado, cuya espada armaba tanto ruido al dar con las paredes del corredor.

—Cierto que no soy una noble señora,—pensaba la buena mujer, pero eso no impide que pueda yo defender debidamente á mis queridos amos.

El aposento que la Amapola había cedido á sus huéspedes, permanecía sumido en el mayor silencio. Desde que Simón estaba haciendo su guardia en el corredor no se había oído ni una palabra ni el menor sonido. El día avanzaba, y el sol, que acababa de recorrer la mitad de su jornada, hacía caer alegremente sus rayos en la cocina de la Urraca,

inundándola de una luz que se volvía azul al mezclarse con el humo que se cernía sobre los hornillos.

De súbito Mireta exhaló un grito, que procuró ahogar dentro de su pecho. Felizmente para ella, su madre nada reparó, por estar preocupada, volviendo un pescado que se asaba en las parrillas.

—¿Decías algo, hijita mía?—limitóse á preguntar.

—Nada—murmuró Mireta.—Una idea que me asaltó de repente. No sé dónde he oído decir que para que esta salsa saliera bien se necesitaría ponerle romero y nuez moscada.

—En buena parte te habrán contado eso, hija—profirió la tía Amapola alegremente;—y si quisieras podrías llegar á ser una cocinera excelente. Es cierto que se necesita para hacer bien esta salsa lo que acabas de decir.

—Sí, pero es el caso que no tenemos una cosa ni otra—dijo la niña.

La tía Amapola metió la mano en su bolsa y exclamó con viveza, sacando algunas monedas:

—Toma, hija mía, y vé volando á buscar una cosa y otra.

No sé qué sospecha cruzó por la mente de Simón.

—Si os parece, podría ir yo,—murmuró tímidamente.

Pero Mireta se había deslizado ya; y Simón, en vez de continuar su centinela militar, cruzó la cocina á paso quedo y fué á asomarse á la ventana que tanto había atraído aquella mañana las miradas de la hija de la Amapola. Apenas hubo dirigido una mirada sobre los escombros, matorrales y hierbas parásitas que se extendían hasta las Hallas, escapóse de sus dedos el pesado arcabuz, que fué á caer con estrépito sobre el suelo de la cocina. Llevó á los ojos entrambas manos y gritó lleno de consternación:

—¡El lobo-fantasma!

—¿Qué haces aquí, menguado?—preguntó incomodada la Amapola;—¿no te ordené que no abandonarás tu puesto?

Simón, turbado y medroso, volvió á coger el arcabuz, tartamudeando:

—Estaba allí detrás de la punta de ese paredón, y es él quien ha hecho señas á Mireta para que bajara.

Este fantasma de que hablaba Simón, era el otro, es decir, el que tenía los cabellos negros, que llevaba vestido de paje y miraba con ojos atrevidos y maliciosos.

La Amapola dejó esta vez el pescado que estaba aderezando, y asomóse á la ventana.

—¿Qué es eso?—exclamó empujando á Simón;—¿dónde está tu lobo-fantasma?

No se veía ya nadie en aquel sitio.

—¡Ah tía Amapola!—respondió Simón con los ojos bañados en lágrimas,—tenéis ya uno oculto en vuestro aposento y Mireta está ahora con el otro.

Mireta regresaba en este momento toda sofocada, llevando en la mano los objetos que había ido á comprar.

—Es preciso que hablemos, madre—dijo la joven en el acto de entrar.

La Amapola despidió á Simón y cerró la puerta.

—¿Es, pues, verdad, hija—dijo la hostelera,—que había alguien que te aguardaba en la calle?

—Sí, madre—respondió Mireta.

—¡Ah!—exclamó la tía Amapola.—¿Qué quieres? Yo habría preferido que te arreglaras con Simón; éste no te hubiera pegado nunca.

—Madre—dijo Mireta sonriendo,—ese otro es muy bueno, muy valiente y me ama con todo su corazón.

—Ya procuraré verme con él, hija mía.

—Ese—añadió la niña, como si estuviese segura del éxito que iban á obtener sus palabras,—ese

daría toda su sangre por el hermoso caballerito de los rubios cabellos que está en nuestro cuarto.

—¿Por ventura le has comunicado este secreto, desdichada criatura?—exclamó la Amapola, cuyas encendidas mejillas acabaron de inflamarse.

—No, madre mía, nada le he dicho. Anda buscando por todas partes al que llama su hermano Juan Rubio, con el fin de salvarle de un inminente peligro. Creyó encontrar á su hermano en esta hostería, y ha venido aquí más por él que por mí, lo podéis creer. Como me habíais recomendado el silencio, me he obstinado en no hablar ni una sola palabra, ó mejor, madre, he mentido para obedeceros, así es que he sostenido al señor Juan Roldán que no hemos visto siquiera al que está buscando. Al despedirse de mí ha jurado, por cuanto hay de más sagrado, que está dispuesto á perder la vida antes que el italiano Tarchino asesine traidoramente á su hermano Juan Rubio.

La Amapola bajó los ojos en ademán de meditar.

—Escucha, hijita—dijo á Mireta:—si ese jovencito hombre de armas, que es tan valiente y que posee tan buen corazón, volviera á presentarse por ahí cerca, no le dejes en la calle y dile que tu madre quiere hablar con él.

III

EN EL CUARTO DE LA AMAPOLA

Detrás de la puerta cerrada del cuarto dormitorio de la Amapola, hallábase la duquesa Isabel acompañada de su hijo Juan de Armagnac; el hermano Pacífico paseábase entretanto con lentitud y con los ojos clavados en tierra; de vez en cuando se paraba de repente y su boca se entreabría, como si fuera á dirigir una pregunta á la duquesa ó al he-

redero de Armagnac; pero alguna fuerza misteriosa ahogaba, al parecer, su voz en la garganta. Sus ojos animábanse entonces con extraño resplandor, luego echaba hacia atrás los mechones de sus cabellos y su rostro recobraba la expresión sombría y taciturna que no le abandonó en todo aquel día. El pobre hombre volvía á emprender silencioso su interrumpido paseo.

La duquesa Isabel estaba sentada en el canapé de la tía Amapola; y Juan Rubio á sus pies encima de un almohadón, apoyaba su cabeza en las rodillas de su madre. El joven escuchaba atentamente la historia trágica de Jaime de Armagnac, duque de Nemours, que la duquesa le refería en voz baja y con los ojos bañados en lágrimas.

Y al escuchar, la ardiente mirada del joven clavábase en los ojos de su madre; aquél no lloraba, pero su corazón latía con gran violencia y sus pupilas despedían reflejos de dolor y destellos de venganza.

Esta fué la primera vez en que Juan Rubio oyó hablar de la heroica adhesión del hermano Pacífico. Hasta entonces había creído ver en él á un fiel servidor adicto de corazón á su madre y á él, pero la idea del heroísmo no se le hubiera ocurrido nunca enlazarla al nombre del hermano Pacífico. El relato de la duquesa hizo pasar ante los ojos del joven la extraordinaria figura del pedagogo, errante, solo y triste por los corredores del castillo de la Marche, sufriendo las burlas de todos y aceptando sin quejarse ni murmurar los malos tratamientos que le infligía su mismo señor.

Vió, y esto fué lo que más honda impresión hizo en su ánimo: aquel rostro cárdeno de Pacífico, con la sonrisa amarga y resignada del esclavo, representóse á sí mismo cuando niño, entregado en manos de aquel hombre abatido por el desprecio y arrui-

nado por las mil impertinencias y crueldades de los insultos de que cada día era objeto; en manos, en fin, de aquel ser misterioso que todos oprimían á su sabor y á quien, sin embargo, miraban, por un inexplicable fenómeno, con una prevención de temor supersticioso que les atormentaba vagamente en el fondo de su corazón.

Y cuando la duquesa Isabel llegó á la parte de su historia en que Graville, vencedor, disponía de la viuda y del huérfano; cuando ella presentó á Olivier golpeando en el hombro al pedagogo, que acababa de pedir que se entregaran á su venganza la madre y el hijo, diciéndole «Tómalos, ya te los doy», Juan de Armagnac levantóse sobre sus vacilantes piernas, con la frente llena de palidez y las mejillas bañadas en frío sudor.

Miró á Pacífico; pero éste continuó lentamente su paseo, ya con los brazos cruzados sobre su pecho ya levantando las manos para apartar de sus ojos los cabellos que se le venían encima. El aspecto de Pacífico era el de un hombre preocupado.

Isabel siguió contando su historia, y Juan Rubio, cuya imaginación, violentamente excitada, daba vida y calor á los sucesos que se le referían; Juan, decimos, que asistía, como interesado espectador, á aquella evocación del pasado, vió cómo el tigre se convertía en cordero y cómo el esclavo revoltoso y enfurecido hincaba sus rodillas en tierra, uniendo las manos con ademán suplicante.

Faltóle á la duquesa el tiempo para acabar; pues Juan Rubio, arrastrado por un impulso irresistible, precipitóse sobre Pacífico estrechándole contra su corazón.

—Haces bien, hijo mío —murmuró la duquesa con voz medio ahogada por los sollozos;— por mucho que hagas en honor de ese hombre nunca harás bastante.

Pacífico se detuvo estupefacto; no había oído nada de lo que hablaba la duquesa, por lo cual no podía atinar con el motivo que ocasionaba aquel súbito transporte de reconocimiento y de ternura. Fijó sobre Juan sus ojos extraviados, que, como de costumbre, vagaban por un mundo imaginario muy distante de la vida real.

—¡Todo para los unos y nada para los otros! —tartamudeó con voz sorda.—He encontrado á mi hijo y á mi hija, ¡y sin embargo no estoy con ellos! ¿Por qué me hallo aquí?

—¡Pacífico! —exclamaba Juan Rubio, acostumbrado ya á buscar vanamente el sentido inconexo de las palabras que á veces salían de la boca del pobre hombre.—¡Pacífico, padre y amigo mío! ¡Ya sé quién soy, ya sé cuánto has hecho, y te juro que mientras viva he de amarte con toda mi alma, á ti, que eres el salvador mío y de mi madre!

Pacífico volvió la cabeza, y luego, de repente, atrajo sobre su corazón al joven caballerito, diciéndole con una voz henchida de apasionada ternura:

—Juan, mi pobrecito Juan, tienes razón en amarme tanto... pues yo te amo demasiado para mi tranquilidad en este mundo y mi eterna salvación.

Gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas, y tomando á Juan de la mano, condújole adonde estaba la duquesa Isabel, diciendo:

—Concluid, mi noble señora, de contarle todo lo que debe saber. Quizá no disponéis ya más que de un día para imponerle acerca de la grandeza y de la pequeñez de sus destinos.

Miró por la ventana los rayos del sol que se perdían entre el follaje de los árboles y añadió:

—¡Un día, cuyas horas pasan con triste rapidez!

Su voz se apagó; cruzó todo el aposento con pasos veloces, como si tratara de huir, y arrodillóse en un reclinatorio que se hallaba junto á la cabecera de

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
ALFONSO REYES
1025 MONTERREY, MEXICO

lecho de la Amapola. Así permaneció largo espacio, con la cabeza apoyada en el descanso del reclinatorio y sin pronunciar palabra alguna.

La duquesa Isabel, que había ocultado su rostro entre sus manos, tartamudeó con la voz ahogada por el llanto:

—¡Dios mío! un día, tiene razón; ¡y qué aprisa pasan estas horas supremas!

Y añadió, colocando en su regazo la cabeza de Juan:

—Hijo, pobre hijo, ¿qué sería de mí si no volvieras? ¿Qué haría yo, sola en el mundo, y viuda de mi última alegría y de mi postrera esperanza!

Juan Rubio sonreía.

—¿Es así como me infundís aliento y valor, madre mía? —respondió el joven levantando la cabeza.

Contemplóle un instante la duquesa Isabel, seducida por el amor maternal, al verle tan bello y tan valeroso. La satisfacción y la angustia pugnaban por apoderarse de su pobre espíritu.

—Hijo mío —dijo con un acento alterado, que poco á poco acabó por adquirir bastante firmeza,—quiero que seas valiente. Si te he revelado todo lo que sabes ya, ha sido porque no podía consentir en que á la hora de la muerte ignorara Juan de Armagnac, conde de la Marche y duque de Nemours, de qué manera han muerto sus antepasados.

Vas á combatir, hijo mío, y es deber tuyo hacerlo. Dios te dará tal vez la victoria; pero si ordena que sucumbas, caerás herido por delante y con la espada en la mano, que es como corresponde al hijo del duque Jaime y al nieto del condestable Bernardo.

Oyéronse en este momento tres discretos golpecitos dados á la puerta de la habitación; el hermano Pacífico se sobresaltó como si hubiera temido un asalto á traición.

—¿Se puede entrar?—dijo desde afuera la Amapola.

Cuando la duquesa Isabel hubo respondido afirmativamente, vióse levantar un viejo cortinaje, y la simpática fisonomía de la hostelera se presentó en el umbral. La buena mujer venía cargada con un envoltorio, que contenía un peto de cuero, una ropilla elegante, unos pantalones de mallas, unos borceguíes con lucientes espuelas y un birrete lujoso, rematado con una bonita pluma; el equipo y vestiduras completas de un caballero armado á la ligera.

La tía Amapola, cansada con aquel lio, llegó riendo y jadeando hasta mitad del aposento. Detrás de ella iba, también extraordinariamente cargada, la graciosa Mireta.

—¡Simón!—gritó la mesonera, así que hubo vuelto á caer la cortina de la puerta, —cuida de la cocina, holgazán; esto te traerá más cuenta que escuchar lo que aquí se dice.

Y luego añadió dirigiéndose á la duquesa:

—He aquí, mi noble señora, á un hombre de armas hecho y derecho.

Mientras esto decía, iba colocando en la cabecera de la cama, una por una, todas las piezas que contenía el envoltorio; y Juan de Armagnac, no pudiendo moderar su impaciencia, fué en el acto á apreciar minuciosamente cada una de las partes de su atavío.

—¡Que Dios os pague el bien que acabáis de dispensarme, buena mujer!—dijo con mayor emoción de la que el caso parecía requerir.—Merced á vos, podré despojarme de este vestido de mascarada.

—¡Por mi santo Patrón!—exclamó la Amapola, que permanecía delante del joven puesta en jarras y presa de una admiración indefinible,—os aseguro que el atavío que os acabo de traer no os hará

más arrogante y hermoso que el traje que lleváis ahora, mi joven y noble señor.

—¡Ah señora, mi noble señora!—añadió mirando á la duquesa con los ojos humedecidos,—¡cuánto he rogado á la Virgen para que antes de morir me otorgara la gracia de volver á ver el altivo semblante del heredero de Armagnac! Pero, creedme, ni en mis ilusiones me lo había representado nunca tan bello como lo es en realidad.

La duquesa Isabel tendióle la mano sonriendo, y la Amapola se la besó con respetuosa ternura.

Entretanto, Mireta cargaba una mesa pequeña, encima de la cual colocó los objetos que llevaba, consistentes en una vajilla y mantelería. Mientras con gran agilidad y destreza iba arreglando los cubiertos, examinaba de reojo al caballero que la noche anterior había peleado como un león con Juan Roldán, más conocido aún de nuestros lectores con el nombre de Juan Moreno.

Este último era para Mireta el *non plus ultra* de la valentía y de la fuerza; así es que cuanto más se fijaba en el hermoso paje, vestido de azul y púrpura, más se admiraba de que sus delicados miembros hubieran podido contrarrestar el esforzado empuje de Juan Moreno.

Pero la niña se fijaba también en otra cosa: sus miradas iban, como á pesar suyo, á examinar de vez en cuando al hermano Pacífico, que seguía arrodillado é inmóvil en el reclinatorio, y contemplaba con espanto aquella cara demacrada y amarilla como la de un difunto. Por más que la tía Amapola había procurado dar á su hija algunas explicaciones, la circunstancia de haber sido éstas más prolijas que claras, hacía que no pudiera desentrañar la graciosa Mireta todo el fondo de aquel misterio. Aquel hermoso adolescente, aquella noble dama, aquel raro personaje empaquetado dentro de su so-

tana y que no se parecía á nada de cuanto la niña había visto hasta entonces, eran para ella los héroes de una misteriosa novela llena de sombras y enigmas. Sentíase atraída hacia el joven y su madre; pero el hombre de la sotana le daba miedo.

—Señora Amapola—dijo la duquesa,—nos habéis guardado buenas ausencias y os lo agradezco.

—¡Virgen santa!—exclamó la mesonera,—esperad, para darme las gracias, á que yo os haya dado cuanto poseo en el mundo, junto con la vida de mi pobre cuerpo, querida y noble señora!

Levantóse Pacífico, sin meter ruido, del reclinatorio, y fué á colocar entrambas manos encima de los hombros de la Amapola.

—Eso es magnífico, Teresa, vecina mía—dijo.—Sabéis lo que os prometí esta noche; pues bien, ahora os añado que seréis recompensada espléndidamente por la cena de ayer, por la comida de hoy y por los vestidos que acabáis de regalar á nuestro joven señor y dueño.

Frunciéronse las pobladas cejas de la Amapola al oír estas palabras, y si la presencia de la duquesa Isabel no le hubiera impuesto respeto, es seguro que Pacífico hubiera tenido que arrepentirse de haberlas pronunciado.

—Bueno, bueno—murmuró la mesonera descartándose bruscamente del pedagogo, quien vaciló sobre sus largas y delgadas piernas.—Hace quince años, mi pobre Andeol, que ya eras un loco, y he vuelto á hallarte esta noche en el mismo estado en que te dejé entonces. Me consta que no tienes malicia, pero si quieres que vivamos en paz y buena compañía, como dos amigos, no vuelvas á hablarme nunca más de pagar en oro ó plata cuanto me veas hacer por la sangre de Armagnac.

Pacífico bajó la cabeza y murmuró retirándose al mismo sitio que antes ocupaba:

—Como gustéis, Teresa, vecina mía; pero como el oro no me ha de costar nada, cuando llegue el día que espero, podré haceros rica para premiar vuestro excelente corazón. Vos socorristeis á mi pobrecita y muy amada esposa, hace muchos años; y ahora hacéis cuanto podéis por la señora duquesa Isabell... y quizá tengáis razón, Teresa; pues vale más no admitir recompensas en este mundo para guardar entera toda la gloria para la eternidad...

Esto diciendo, cayó de rodillas en el reclinatorio y cubrió con las manos su semblante.

—¡Magnífico y excelente equipo, palabra de honor!—exclamó Juan Rubio, que concluía de examinar con atención todas las prendas de que constaba.—¡Gracias, buena mujer! ¡No sabéis cuán grande es el servicio que me habéis prestado!

Cubiertos ya los manteles de vajilla y preparada del todo la mesa, salió Mireta de la habitación, volviendo á entrar enseguida llevando en las manos dos grandes fuentes de bruñido metal, que despedían nubes de un vapor succulento y delicioso. La tía Amapola, que no podía permanecer mucho tiempo en la inacción, imitó á su hija y muy pronto la mesa crujió bajo el peso de un gran número de manjares. Gracias á Dios, no hacía allí falta lo suficiente para saciar el apetito de doce buenos gastrónomos.

Juan de Armagnac fué á tomar la mano de su madre y la condujo á la mesa con la mayor alegría; de paso, la duquesa Isabel besó la tierna frente de Mireta, la cual se puso más colorada que la púrpura.

—¡A la mesa, Pacífico!—gritó el joven;—es preciso hacer los honores á la cocina de la tía Amapola. ¿Quién sabe si volverá á ofrecérsenos otra ocasión como la presente?

Pacífico fué á sentarse en el último sitio de la mesa, después de rezar el *Benedicite*.

Dejó que Juan Rubio le sirviera, llenándole el plato hasta el borde; pero en el momento en que llevaba el primer bocado á los labios, fijáronse sus ojos en los de la duquesa y dejó caer otra vez el tenedor sobre el plato.

Isabel luchaba en vano por ahogar su sentimiento. Aquella mañana halló fuerza para contar á su hijo los infortunios de la casa de Armagnac, merced al ardor de la fiebre que la abrasaba; pero ahora la calentura iba en descenso, así es que la sonrisa con que la duquesa quería animar sus labios, era muy triste: hacía daño.

Juan Rubio sentía también, á su modo, el fuego de la fiebre; pero á medida que el día avanzaba, su calor crecía. La hora del combate es la hora de la alegría para esos locos que tienen las venas henchidas de sangre caliente; por lo que el joven encontraba que el tiempo no corría con bastante velocidad.

Quizá observaba tan bien como el hermano Pacífico la palidez mortal de su madre. Por lo menos, era imposible que dejara de ver el lúgubre semblante que ponía el pobre pedagogo; pero el papel que representaba le imponía el deber de cerrar los ojos, y gracias á la despreocupación propia de su edad, halló el medio de acreditar en aquella solemne circunstancia que las emociones no le privaban de una sed verdadera y de un franco apetito. Comía, bebía, y cuando sus miradas se fijaban en las diversas piezas del equipo que la Amapola colocó en la cabecera de la cama, sintió deseos de piafar, á semejanza del ardiente corcel que oye resonar á lo lejos la voz de las trompas y de los clarines.

—Dejadnos solos un momento, buena mujer—dijo á la Amapola, que se había quedado allí para

servir; pero que no pronunciaba una palabra, sin duda porque sentía vagamente la profunda tristeza de esta escena.

La hostelera dirigióse á la puerta, no sin volver la cabeza más de una vez; y así que hubo salido, Juan de Armagnac llenó los vasos de la duquesa Isabel y del hermano Pacífico diciendo:

—Madre mía, y vos también mi mejor amigo, ruegos no me desairéis. ¡Brindo por mi primer combate!

Las lágrimas de la duquesa saltaron y rodaron sobre sus descoloridas mejillas; eso no obstante, quiso llevar la copa á sus labios, pero rechazó instantáneamente el brebaje que contenía, cual si hubiera sido un licor hecho con sangre.

Levantóse Pacífico, cuyos ojos brillaron con pasajero resplandor.

—Juan de Armagnac—dijo con voz serena,— ¡que Dios te otorgue la bravura de tu padre! Ninguno de los mortales puede escapar á su destino. Los que te profesan entrañable amor quisieron ocultarte tu nombre; pero á la hora marcada por Dios, rasgóse por sí mismo el velo. Juan de Armagnac, conde de la Marche y duque de Nemours, ¡yo brindo por tu primer combate!

Y vació la copa de un sorbo.

IV

EL HIJO Y LA MADRE

—Mis ojos se cierran—murmuraba Juan de Armagnac, medio recostado en el canapé, en el sitio que poco antes ocupaba la duquesa Isabel;—¿sabéis, madre mía, que hace ya muchas noches que no puedo conciliar el sueño? Es aún muy temprano, y en esta estación no suele llegar la última luz del

crepúsculo hasta á cosa de las ocho... y si descanso un poco tendré más fuerza y vigor.

—Sí, aún es temprano—repitió maquinalmente la duquesa Isabel;—descansa, hijo mío.

Los párpados del hermoso doncel fueron cayendo, hasta que al fin quedaron del todo cerrados; pero volviolos á abrir casi instantáneamente para decir á su madre:

—Y sin embargo, tenía que deciros muchas cosas; hubiera deseado también probarme esos vestidos, que no han sido cortados para mí; ansiaba hablaros...

Interrumpióse al llegar aquí para llevar á sus labios las manos de la duquesa, y añadió bajando la voz y mirando de soslayo á Pacífico.

—Sí, hubiera querido hablar á solas con vos.

El pedagogo estaba en pie, junto á la ventana, vuelto de espaldas, inmóvil y con la cabeza reclinada sobre su pecho. Al verle se podía adivinar el esfuerzo de su penosa respiración.

—No nos oye—dijo la duquesa Isabel meneando la cabeza,—y si tienes algo que confiarme, pobre hijo mío, lo puedes decir sin recelo ni temor.

Coloreáronse las mejillas del joven con un tinte rosado, mientras respondía:

—Sí, lo acertasteis; he de confiaros un secreto, madre mía. Ya tal vez lo habréis adivinado, porque sabiendo cuánto os quiero, comprenderéis que fué preciso que me volviera loco para resolverme á abandonaros... ¿no es verdad? ¿Y cuál es la única cosa que puede hacer enloquecer á un joven de mi edad?

—El corazón—interrumpió la duquesa, consiguiendo con dificultad dibujar una sonrisa en su boca.

—¡Oh qué buena sois, madre mía!—exclamó Juan Rubio, cubriendo de besos las manos de Isabel, que